

cho al padre guardian para que le dejara entrar y hablar con el enfermo; pero no se lo permitieron.

—Esto ya es algo, decia para sí; si la desgraciada Luisa no es quien ha herido á Bartolomé, y si ella misma no tiene herida ninguna, ¿por qué estaba abierta la puerta? ¿Por qué colocaron el puñal cerca de la niña? ¿Por qué ha desaparecido de casa ese maldito Juanillo, á quien tengo tantas ganas de echar la vista encima? Sí... es preciso ver á ese tunante, y que por buenas ó por malas me confiese la verdad.

Al ver María que todo su influjo era inútil para consolar á aquel desventurado padre, al notar que su presencia mas bien le hacia daño que provecho, por recordarle á su desgraciada hija, juzgó que lo mas conveniente era enviar á llamar al padre Luis, y así se hizo, presentándose este lo mas pronto que pudo; pero hay aflicciones en este mundo para las que son inútiles todos los raciocinios y hasta los buenos consejos de los amigos. El P. Luis llamó en su auxilio á la religion; pero ni aun de este modo podia cicatrizar la herida que la temprana muerte de la niña habia causado en el corazon de su padre.

El conde de Santillana se presentó en la plaza, como por casualidad, cuando estaba llena de corrillos, hablando todos del suceso ocurrido en la noche anterior, y él mismo refirió á varios habitantes de Robledo el acontecimiento, de la misma manera que él queria que se supiera; pero cuando los labriegos que le escuchaban empezaron á dar crédito á las esplicaciones del conde, aprobando su dictámen, por ser el mismo que ellos se habian formado, uno de ellos interrumpió la conversacion; era Gaspar, que pronunció estas palabras:

—Dudo mucho que Luisita se haya visto obligada á dar muerte á Bartolomé para defenderse; la primera, ha muerto, y por consiguiente no puede afirmarlo ni decir la verdad; pero lo que es el segundo, es probable que justifique que ha sido herido sin haber él provocado ni á Luisa ni á nadie.

—¡Cómo! exclamó el conde palideciendo; ¿no ha muerto Bartolomé?

—No señor; aunque la pérdida de tanta sangre le ha debili-

tado al punto de no poder hablar, sin embargo, respira todavía.

Al escuchar semejante nueva, el conde se creyó perdido, porque juzgaba probable que el hermano hubiese oído cuanto allí se había dicho, y presenciado cuanto se había hecho con Luisa. Era de suponer que el fraile confesaría todo al abad, y no dudaba que este castigaría con mano fuerte al culpable, no tan solo por el atentado cometido contra Luisa, sino también por el asesinato de Bartolomé. En tan crítica posición no le quedaban al conde de Santillana más que dos caminos de salvación: la fuga ó la resistencia armada contra el poder del abad. Este último medio no era el más fácil de llevarse á cabo, porque el castillo de Torija no tenía la suficiente solidez para resistir mucho tiempo al gran número de hombres que el abad podría enviar para atacarle. El conde no desconocía tampoco la grande influencia del abad para con el rey, circunstancia que le presagiaba una derrota. Hechas estas reflexiones resolvió ocultarse, y dispuso lo necesario para la fuga, en el caso que el demandadero lo comprometiera con sus declaraciones; pero le detuvo también la esperanza de no ser descubierto, recordando que Bartolomé, desmayado y sin sentido durante la explicación del gitano en casa de Luisa, nada podía haber escuchado ni visto. Para ejecutar su proyecto con más facilidad, el conde se dirigió á los bosques que servían de guarida ó refugio á sus cómplices, y refirió lo que acababa de pasar, y tan pronto como los jitanos supieron el peligro que les amenazaba, abandonaron el país; y aun cuando el número de esta gente era crecidísimo, los preparativos de su marcha solo duraron un momento. Mujeres, ancianos, niños, todos desaparecieron de los bosques con estremada ligereza, cuidando en su fuga no dejar á la espalda ni el menor vestigio de su huida; sin embargo, solo dos hombres permanecieron allí, los más robustos, los más ágiles y los más diestros, con el fin de observar el aspecto que tomaba el asunto.

Pero no sucedió al pie de la letra lo que se había previsto, porque antes que llevasen á Bartolomé á la abadía, encargó á algunos labradores que fuesen al castillo de Torija, y que pre-

guntasen por su dueño el conde de Santillana, con el objeto de que este fuese al bosque de los jitanos, y les pidiese cierta yerba que ellos tenían para curar las heridas en poco tiempo. Pero los encargados de este recado volvieron con la noticia de que el señor conde se había ausentado de su castillo, llevándose consigo todas sus alhajas, y que habiendo ido al bosque donde habitaban los jitanos, le hallaron desierto.

Entonces Bartolomé, en vista de lo que ocurría, meditó conforme á sus proyectos, la declaracion que debía hacer.

Interrogado por el abad, dijo: que habiendo oido gritos hácia el cuarto de Luisa, entró, y que acto continuo fué herido por un gitano, en cuya compañía iba un caballero; pero que no se atrevía á suponer que fuese el conde de Santillana: omitió lo del brebaje que habían dado á Luisa, así como también lo de su próxima resurreccion, porque quería aprovecharse del mismo crimen que los otros habían cometido, y dejar que depositasen el cuerpo de la niña en el cementerio que estaba contiguo á la abadía, donde fácilmente podría penetrar por una de las puertas del monasterio tan pronto como sanase.

La ausencia del conde, y la repentina desaparicion de los jitanos, confirmaron la declaracion del demandadero, y el abad se convenció que había sido ejecutado del modo que Bartolomé lo había referido, y aun sospechaba que el conde de Santillana pudiera ser su cómplice.

Buscóse por todas partes á Juanillo; pero no pudo ser habido, de donde se infería, desde luego, que pudieran haber sido tres los perpetradores del atentado.

El entierro de Luisita se verificó aquel mismo día, y el lego, cuya herida era de poca importancia, y que había sido conducido á su celda, tuvo esperanzas de llevar á cabo el proyecto que concibió de antemano. Sin embargo, la primera noche posterior á la del atentado, no pudo salir de su celda, aunque quiso asegurar, de la manera mas enérgica, que se encontraba bueno: el abad mandó que un fraile pasase la noche á su cabecera.

El demandero pasó una noche cruel; el menor ruido le pa-

recia que le motivaban los hombres que se dirigian al cementerio para sacar á Luisa del sepulcro; pero se tranquilizó algun tanto cuando supo que el abad habia dispuesto que registrasen el bosque para descubrir á los culpables, y desde luego supuso que se habrian alejado del país; ignorando que Luisa hubiese sido enterrada.

Al dia siguiente no ocurrió novedad, y Bartolomé se arregló de modo que le dejaron solo en la celda; hallábase tan aliviado de su herida, que casi casi se creia enteramente bueno; no sabemos si porque la herida hubiese sido, en efecto, muy leve, ó por la fuerza de voluntad que le dominaba, merced á lo apasionado que estaba por Luisa.

Muchos ejemplos tenemos que demuestran las fuerzas físicas que puede dar á un hombre una vehemente pasion, aun para llevar á cabo empresas de esta naturaleza. Bartolomé, á pesar de su herida, se sintió con suficiente fuerza para sacar á Luisa del sepulcro, y lo puso en planta en cuanto le fué posible: aquella misma noche se escapó de la celda, bajó al jardin del convento, y cogiendo las herramientas necesarias á su objeto entró en el cementerio. Su plan era bastante parecido al del conde; despues de desenterrar á la que tanto queria, pensaba llevarla á un paraje oculto, situado á cierta distancia del convento, donde tenia abundantes provisiones de las limosnas que recogia, emprendiendo la fuga con Luisita al dia siguiente y casarse con ella en la ciudad ó pueblo mas inmediato que encontrase.

Cerca de la sepultura estaba ya, cuando distinguió á un hombre que, cargado de herramientas como él, se aproximaba al mismo sitio. No tardaron en reconocerse ambos hombres; Bartolomé se quedó parado al mirar al conde de Santillana, y este retrocedió un paso al divisar al lego. Aunque nada se digeron al principio, los dos comprendieron á la vez que un mismo pensamiento los habia conducido al campo-santo, y un mismo deseo hizo que cada cual resolviera en silencio deshacerse de un testigo y de un rival.

Sin embargo, ninguno de ellos quiso emplear la violencia, porque el ruido de una lucha cuerpo á cuerpo, y lucha á muer-

te, debía despertar á los frailes del monasterio, acudiendo al lugar del combate, por lo cual decidieron servirse mutuamente el uno al otro para facilitar la operacion de la exhumacion, lo cual les dejaba tiempo para meditar la manera menos ruidosa con que un nuevo cadáver entraria en la tumba que ambos dejaban vacía sacando á Luisa.

—Hermano, ¿viene quizás en busca de su víctima? dijo Bartolomé, deteniéndose á cierta distancia del conde.

—Claro está que sí, dijo este; vengo como el hermano Bartolomé, á evitar que esta jóven perezca en medio de las agonías de una muerte horrorosa.

—Puesto que un fin tan caritativo nos conduce á este sitio, respondió Bartolomé, es seguro que lograremos mejor nuestro objeto uniendo nuestras fuerzas; acepte, pues, el hermano, el apoyo que le ofrezco, y á la vez déme el suyo, del cual tengo necesidad.

—Con mucho gusto, repuso el conde, y en prueba de nuestro buen deseo, apresurémonos á trabajar, que tiempo nos quedará para ajustar nuestras cuentas.

Ambos á un mismo tiempo prepararon su azadon, y á la vez que cavaban meditaban respectivamente en el precioso tesoro que los dos querian poseer, y sobre la manera con que debian asegurar tan preciosa joya. Todo se presentaba alli difícil, pues se habian colocado el uno frente al otro; es decir, uno á la caza y otro á los piés de la fosa. El lego y el hidalgo se miraban con recelo, lo mismo para defenderse que para acometerse: el trabajo adelantaba, y ya la madera del atahud habia crujido varias veces al choque de la azada, y conceptuando el conde que era llegado el momento favorable de deshacerse del fraile, quiso asestarle un azadonazo en la cabeza; pero Bartolomé, que habia previsto el golpe, le evitó con destreza, siendo por el contrario el conde quien recibió un fuerte golpe en el pecho, que dió con su cuerpo en tierra. Bartolomé, mas sagaz que el hidalgo, y sabiendo por esperiencia los malos resultados que traen consigo las cosas á medio hacer, quiso acabar con su antagonista; pero el conde le detuvo, diciéndo:

— Escucha, Bartolomé, tenemos un mismo deseo: una misma pasión despedaza nuestros corazones, y, sin embargo, claro está que solo uno de nosotros debe quedar triunfante; pero ¿habremos precisamente de establecer entre nosotros una lucha á muerte? Buenos tontos seríamos de hacer semejante cosa; buenos tontos de que el uno triunfe á espensas de la vida del otro: hagamos otra cosa mejor, saquemos del atahud á Luisa, que despues yo te juro, á fé de caballero, ayudarte y protejerte en la fuga, y hasta hacer que se case contigo si la suerte te la concede.

Bartolomé sentia que sus fuerzas se debilitaban por momentos, y que solo no podria consumir la tarea, y acepto la proposicion del conde. Comenzaron de nuevo á trabajar, sacaron el atahud y le colocaron en tierra, y no tuvo limites la sorpresa de ambos, cuando al levantar la tapa vieron que la caja estaba vacía.

El primer impulso fué de cólera y rabia; el segundo indagar quiénes habian sido los raptores de Luisa, y la sospecha mas natural recayó sobre los jitanos y sobre Juanillo. Solo ellos tenían noticia del secreto y el letargo de la jóven... ¿qué pudo mover á los jitanos para hacerlo? ¿Seria piedad ú otro resentimiento?

Difícil es que los enamorados supongan otro interés que el comun para emprender una faena, de la que solamente quieren ocuparse, y no dudaron que uno de los jitanos, encargado del hechizo para Luisa, prendado, tal vez, de su hermosura, habia resuelto sacarla de aquel sitio para sí propio. Pero los jitanos habian desaparecido, y era mas que probable que se hubiesen llevado en su fuga á la niña; tan perdida estaba, pues, para el conde, como para el demandadero, y para mayor desgracia el conde se hallaba proscrito por un crimen sin haber obtenido su resultado.

Largo tiempo estuvieron consultando sobre el partido que deberian tomar; y últimamente, al pié de la tumba, hicieron recíproco juramento de hacer todo lo posible por descubrir el paradero de Luisa. Volvieron á poner el atahud tal como estaba,

le cubrieron de tierra, y en vista de lo avanzado de la noche se retiraron; el uno, al asilo que le habian proporcionado los jitanos, y el otro, á su celda.

El conde de Santillana estaba resuelto á seguir la huella de los jitanos, y Bartolomé pensó pedir al abad el competente permiso para hacer un peregrinaje que le permitiera alejarse del convento y caminar por toda España, con objeto de hallar á Luisa. Ambos determinaron poner en práctica su proyecto desde el dia siguiente, mas el propósito se deshizo por un notable suceso que puso á todo el pueblo de Robledo en la mayor consternacion.

Al pasar algunos labriegos por delante de la casa de D. Diego de Mendoza, donde desde el suceso habia siempre algunos curiosos mirando, como estúpidos, lo que no podian ver, oyeron un sorprendente ruido por dentro, é imaginándose que ocurriese allí algo de extraordinario que demandase auxilio, aumentóse su curiosidad, y acercándose á la puerta prestaron atento oido; pero su curiosidad se trocó en terror cuando distinguieron perfectamente la voz de Luisa, soltando exclamaciones y conversando con todos los de su familia. El primer pensamiento de esta gente fué que el alma de la jóven habia vuelto á la casa, y poco á poco fué corriendo la voz entre los aldeanos; los grupos de estos fueron engrosándose, y rodearon la casa aunque á larga distancia y á manera de cordon sanitario. Como habia mucha gente reunida, claro está que abundaban los pareceres; pero el que mas prevaleció fué el de pegar fuego á la casa; y así se hubiera hecho á no ser por Gaspar, que andaba por allí, y les dijo:

—¡Majaderos! ¿No comprendéis que pagarian justos por pecadores? ¿Cuánto mejor será dar cuenta al abad? Como hombre de talento, de grande influencia con el rey, y enterado de estas cosas, sabrá mejor que nadie lo que se debe de hacer.

Gaspar sabia que Luisa estaba buena y sana, y sin entrometerse en las causas que pudiesen haber producido tan extraordinarios acontecimientos, por mas que en su interior se forjara mil ideas, estaba satisfecho con ver á la niña, y lo demás le

ocupaba muy poco; su única idea era la de vigilar por la familia de su protector, y de esta suerte esperaba tranquilo cuanto pudiese acontecer, siempre que no se tocase á D. Diego de Mendoza ni á los suyos, en cuyo caso siempre estaba decidido á tomar una parte muy activa.

—Tiene razon el veterano, contestaron muchos de los oyentes.

Y diciendo y haciendo se dirigieron al convento.

Gaspar habia tenido el gusto de ser el primero que descubrió la existencia de Luisa, pues á los dos dias de su fingido fallecimiento, y teniendo que entrar en la alcoba en que apareció muerta, con objeto de esconder el retrato de Luisa para que su padre no se afligiera mas, dió al traste con todo su valor la presencia de Luisa, naturalmente dormida en su propio lecho. Quedóse, por de pronto, como herido de un rayo; se restregó los ojos temiendo ser víctima del mas horroroso sueño, y algun tiempo despues, repuesto ya de la emocion, se acercó á Luisa, la observó con un cuidado paternal, la tocó, escuchó su respiracion y no le quedó la menor duda de que era ella en efecto. Salió de la alcoba, dió una vuelta por el patio como demandando al fresco aire de la mañana alguna razon á lo que acababa de ver, y dudando aun, volvió á entrar en la alcoba y vió lo mismo que antes, es decir, á Luisa dormida cual si nada hubiese acontecido. Grande fué, pues, su alegría al hacer semejante descubrimiento; pero ¿cómo decírselo al padre y á María? El estado de D. Diego en aquellos dias era fatal, y quizás la noticia repentina de la reaparicion de su hija, promoviese en él una reaccion que le causase la muerte: paróse un momento, y de pronto se dió un golpe en la frente como aquel que acaba de concebir una idea luminosa.

Al ver el P. Luis el estado de su amigo D. Diego, creyó de su deber quedarse unos dias en su casa, tratando de distraerle con sus buenos consejos y doctrinas de la terrible pérdida que acababa de sufrir; así es que dormía en una alcobita contigua á la de D. Diego, desde donde á cada momento de la noche vigilaba por la salud de su amigo.

Acordóse Gaspar de aquella circunstancia, y dirigiéndose á

la alcoba del dominico, dió unos golpecitos á la puerta por si el reverendo estuviese ya levantado, y reservándose el pasar adelante en el caso de que aquel no le contestara. No se equivocó el antiguo asistente de D. Diego, pues aunque era muy temprano, el P. Luis estaba ya levantado porque tenia la costumbre de celebrar muy temprano.

—Adelante, dijo el fraile al oír los golpecitos, aunque no poco estrañado de lo intempestivo de la hora.

Empujó la puerta Gaspar, y en su cara leyó el fraile que era presa de una grande conmocion.

—¿Qué ocurre, buen Gaspar? ¿Cómo tan temprano por aquí?

—Ocurre mucho, P. Luis; pero permitidme que me siente un poco, porque mis piernas no pueden sostenerme.

Ayudóle el fraile á sentarse, y aun le dió un sorbo de aguardiente, que fortaleció un tanto á Gaspar.

—¿Qué hay?

—Una cosa muy estraordinaria, muy estraordinaria, que no sé si vos, con haber estudiado tanto, podreis explicar; pero como eclesiástico mas fácil es que lo sepais que no yo.

—Acaba.

—Pues Sr. P. Luis, habeis de saber que Luisita no ha muerto.

—¿Qué demonios dices?

—Algo del demonio puede que haya en el asunto; pero lo cierto es que Luisa debe haber resucitado, si es que murió.

—¿De dónde ha sacado tú eso?

—Lo he descubierto ahora poco; y lo mas raro es que está en su cuarto buena y sana.

—No puede ser, por fuerza te has vuelto loco.

—Tal debiera haberme sucedido en realidad segun el placer que he sentido al ver ese ángel; pero os confieso que mi primera impresion fué de miedo.

—¿Tú tuviste miedo?

—Yo: y lo confieso con vergüenza; ya habeis visto cómo me flaqueaban las piernas ahora poco.

—¿Cómo es posible que esté en su cuarto, cuando anoche mismo, despues de haber tú cerrado la casa estuve yo en su al-

coba registrando todos sus papeles, como sabes, para ver si descubria algun indicio de lo ocurrido.

—Pues tanto mas en mi favor para admirarme, ó mejor dicho, para admirarnos; pues quiero que vos mismo os cercioréis y la veais con vuestros ojos.

—Vaya si iré; pero ten entendido que como sea una ilusion tuya, te zampo de hócicos en una casa de Orates.

—Poco á poco, padre, no sea que conforme se me ha aparecido, y no tan solo la he visto, sino que la he tocado y oido su respiracion, vaya ahora á desaparecer otra vez y no por eso sea falso que yo la haya visto.

—¡Hola, tunante! parece que ya dudas, dijo el fraile plantándose su blanca capucha para no resfriarse al atravesar las habitaciones.

—¿Cuánto va á que en realidad me haceis creer que estoy loco?

Y ambos echaron á andar dirigiéndose á la alcoba de Luisa. Adelantóse Gaspar, con no poco recelo de llevar un chasco desagradable; empujó la puerta muy despacio, movió la cabeza, y cuando vió que Luisa estaba como antes, abrió del todo la puerta, y echándose á un lado para que pasase el reverendo.

—Entrad, y decidme si veo visiones.

Entró el fraile, y al ver á Luisa, lo primero que se le ocurrió fué santiguarse y decir: *Deus super omnia*; se aproximó á ella, y luego que se cercioró de que en realidad era ella misma y que estaba viva, salió de aquella alcoba con Gaspar. Cuando hubieron llegado al patio, este le paró diciéndole:

—Por mucho que os haya sorprendido esa aparicion, nunca habrá sido como á mí esta mañana, porque vos al menos ya sabiais que ibais á verla; pero yo, pobre de mí, que entraba por su retrato... ¡vaya, vaya! maldito si comprendo ninguna cosa de todo esto; ¿y vos padre, podriais explicármelo?

—Algo difícil es, amigo Gaspar.

—Pero, ¿será esto un milagro, ó habrá intervenido el demonio en todo ello? Vos, que sois ministro de la religion, decidme algo que pueda ilustrarme sobre el particular.

—Mira, Gaspar, dijo el dominico; el poder de Dios es infinito, y por consiguiente, considerados los hechos, por extraordinarios que nos parezcan, todos son posibles; pero el hombre de talento debe siempre buscar la verdad, fundada en los principios naturales.

Las nociones oscuras, abstractas y complicadas, las autoridades á veces sospechosas, un fanatismo exaltado, no pueden ilustrar ni servir de guia segura: para que la religion sea eficaz es necesario dar al hombre razon de sus preceptos, es preciso hacerle conocer los motivos poderosos que le estimulan á seguirlos, es forzoso enseñarle en qué consiste la virtud.

Asombrar á los hombres para persuadirlos, trastornar el entendimiento humano con enigmas y misterios, invertir el órden natural de las cosas, ese órden establecido por el Supremo Hacedor, deslumbrar al hombre y sorprenderle con maravillas, tal fué por lo comun el método de los primeros sábios que se encargaron de la instruccion y de gobernar á las tribus ignorantes; pero si estos primeros legisladores recurrieron con imposturas á lo sobrenatural para someterlos á las reglas que quisieron prescribirles; si para gobernarlos se valieron del entusiasmo, que nunca piensa ni reflexiona, y de lo maravilloso, que hace mas impresion en el vulgo que los mejores racionios, estos medios no son ya oportunos ni á propósito cuando se habla á pueblos menos salvajes y que han salido ya de su infancia. El hombre, cuanto mas racional es, mas debe obedecer á la razon: los filósofos deben consultarla y seguir su propia naturaleza, y los legisladores obligarle á obedecerla.

—Teneis razon, dijo Gaspar, aunque habia entendido muy poco ó nada de lo que acababa de decirle el P. Luis. Por eso os he avisado antes que á nadie, para que, como hombre entendido que sois, veais el mejor medio de decírselo á su padre.

A esto se oyó ruido en la habitacion de María, y esta se presentó, diciendo:

—Ya hace rato que he oido la voz del P. Luis, y como estos dias duermo muy poco, he preferido levantarme y oir la conversacion por si acaso hay alguna novedad.

— Sí que la hay, hija mia, y no tengo reparo en revelártela: Tú eres buena, discreta y reservada, y sé que sabrás hacer cuanto yo te mande.

— Tan traspasada estoy desde la muerte de mi pobre hermana, dijo ella, que no sé lo que me pasa, y ahora mas que nunca necesito de una persona que me guie y hasta dirija mi pensamiento, pues ya no le tengo mio propio.

— ¿No te sucede que en estos dias llegas á creer que Luisa no ha muerto? ¿No es verdad que te parece un sueño?

— Así es en efecto, y muchas veces dudo si estoy soñando.

— ¿No te se figura á veces que va á entrar por esa puerta?

— Sí señor.

— Pues bien: figúrate por un momento que la pobre Luisa hubiese experimentado un ataque semi-apoplético, un síncope de esos que Dios permite para mejor probar á sus criaturas, y que despues de algun tiempo, Luisa hubiese vuelto en sí...

— No me atormentéis, por Dios, con esas suposiciones, puesto que son irrealizables; no desgarréis así mi corazon.

— No trato yo de eso, hija mia; antes, por el contrario, quiero decirte que es muy probable que vuelvas á ver á tu hermana en perfecto estado de salud; pero para eso has de hacer una cosa.

— Haré cuanto me mandeis; exclamó María fuera de sí.

— Has de ayudarnos para disponer el ánimo de D. Diego; la circunstancia de permanecer estos dias encerrado en su cuarto nos favorece grandemente, pues para que lo sepas, Luisa, la que todos hemos creído muerta, la que tanto hemos llorado, vive.

— ¡Dios mio, qué oigo! dijo María.

— Vive, y está acostada en su cama.

— Deseo verla.

— Ahora la verás; pero ten paciencia y escucha. Es indispensable que evites á todo trance que la vea su padre. Cuando ella despierte, yo la interrogaré, pues quizás no sepa ella misma lo que le ha pasado y se presentará de repente á su padre, lo cual, para que lo sepas, podria muy bien causar la muerte á D. Diego.

—Haré cuanto me mandeis.

—Te pondrás á la cabecera de la cama en que duerme Luisa y observarás el momento en que despierte; yo permaneceré fuera porque mi presencia no es conveniente en su alcoba; pero no estaré lejos. Cuando haya abierto los ojos, si te pregunta por qué estás á su lado, la dices: «Que la oistes dar voces durmiendo y acudistes á su socorro; pero que has visto con gusto que estaba dormida.» Si te hace alguna pregunta, la dices: «Que no estás muy enterada de eso;» y finalmente, si te habla naturalmente y como ignorando lo ocurrido en estos dos últimos dias, sigues la corriente con ella. De todos modos, sino se queja de nada y quiere levantarse, la ayudas á vestirse; pero no la dejarás un momento, evitando sobre todo que se presente á su padre.

—Está bien.

Mientras María ejecutaba con toda exactitud las órdenes del fraile, éste se trasladó á la alcoba de D. Diego, donde acostumbraba entrar á cada momento, y por consiguiente, no le estrañó; pero antes de entrar habló un rato con Gaspar, enterándole de lo que debia hacer en aquella ocasion.

—¿Qué tal habeis pasado la noche? preguntó el fraile á su amigo D. Diego.

—Ya podeis figuraros; y el pobre padre se echó á llorar.

—Vamos á ver, D. Diego, tened mas ánimo; no hay que abatirse así.

—¡Qué quereis, amigo mio! repuso el afligido padre; Dios ha querido castigarme, y lo ha hecho de una manera tremenda.

—No digais eso; Dios es justo y clemente, y jamás ha abandonado al virtuoso.

—Pues á mí me ha abandonado, y no me creo muy malo.

—No habléis así, porque sin querer apareceis blasfemo: depositad por el contrario toda vuestra confianza en Dios, y dejad que obre como le plazca. Ni á vos ni á nadie toca entrometerse en sus altísimos decretos; antes, por el contrario, y á fuer de buenos cristianos, debemos acatarlos y reverenciarlos. Ea, vestíos pronto, y bajaremos un rato al jardin mientras Casilda dispone el chocolate.

—No tengo apetito.

—Pues es necesario alimentarse.

Vistióse D. Diego, y obedeciendo como una máquina las órdenes del religioso, bajaron ambos al jardín. La mañana estaba fresca y deliciosa, y el aire, embalsamado por las flores, daba á aquel sitio cierto aspecto celestial. Bajaron ambos agarrados del brazo, y se sentaron debajo de un lindo cenador, cubierto de enredaderas y del lúpulo trepador.

El pobre D. Diego estaba lloroso y taciturno.

—¡Cuántas veces, decía, he estado aquí sentado con mi pobre Luisa! ahora es cuando siento el despego que á veces la he mostrado, pero bien sabe Dios, y de ello me perdonará, que fué tan solo por la memoria de su madre, por la revelacion de esta fatal carta.

Y la sacó de su bolsillo para enseñársela al P. Luis.

—No hablemos mas de eso, dijo este, recordad que ya la habeis perdonado, y ella desde el sitio que Dios la haya designado, rogará por nuestra felicidad. Tambien habeis estrechado en vuestros brazos á la pobre María, y quien tuvo fuerzas para llevar á cabo tan noble y religiosa accion, no debe carecer de ellas en este momento. Dios, á veces pone á prueba nuestras creencias de un modo tan particular, que revistiendo los hechos de una manera que fascina nuestros sentidos, nos conmovemos al presenciarlos, nos afligimos cual si tocáramos la desgracia misma, y tan solo tocamos su sombra.

—No os comprendo.

—Pues, ahora me comprendereis, porque voy á contaros lo que sucedió no hace mucho tiempo en Madrid.

A esto, presentó Casilda el chocolate, y ambos amigos comenzaron á mojar los bizcochos, aunque á decir verdad, el pobre D. Diego apenas lo cató; pero en cambio el reverendo se tomó toda la gícara á pulso, y suspendió su narracion hasta que hubo dado el último sorbo y bebido el vaso de agua fresca. Tambien nosotros suspenderemos la nuestra hasta el capítulo siguiente, con permiso de nuestros lectores.

XXIV.

EL ALMA DEL VIOLIN.—CONSUELO DE LA RELIGION.

REVELACION.

Dispusieronse ambos amigos, el uno á proseguir su narracion, el otro á escucharle, y ciertamente que esto no era poco por parte de D. Diego, atendido el estado moral en que se hallaba; pero era tal su respeto hácia el P. Luis, que en aquel momento hasta renunciaba á sus mas íntimos afectos.

Sacó la caja del rapé el reverendo, y despues de haber sorbido una buena porcion de polvo, prosiguió del modo siguiente:

—Habia en Madrid un matrimonio que era feliz con un niño de cinco años, pero cierto dia que asistieron con él á la verbena del Cármen, el niño se les perdió en medio de la confusion que en aquellas noches se agolpa en la calle de este nombre.

No tengo por qué deciros hasta donde rayaria el sentimiento de sus desconsolados padres. Estos eran ricos, y por lo tanto no omitieron medio ni gasto para hallar á su hijo, pero todo fué inútil; el niño no pareció, y al cabo de algunos años todos le creyeron muerto. La madre se volvió loca del sentimiento, y en sus accesos se aproximaba á la cuna de su hijo y comenzaba

á mecerla cual si estuviera dentro, cantando una cancioncita con que se dormia, y cuya letra era

Duerme niño del alma
 No tengas miedo,
 Por mas que el viento silbe
 Y ahullen los perros.
 Duerme, que al niño
 Mientras duerme le guardan
 Los angelitos.

El niño habia sido recogido por una pobre mujer que hizo cuanto pudo por hallar los padres del niño, pero que viendo que era imposible, le educó al lado de su hijo, y con ella y su marido, hicieron ambos una vida errante, porque era una familia de titiriteros que recorría el país, haciendo juegos de manos, gimnasia, enseñando el tutilimundi y haciendo otras habilidades, con lo cual ganaban el sustento. Juanito, pues, así se llamaba el niño perdido, no gustaba mucho de aquellos ejercicios y desde luego mostró una grande afición á la música; su madre adoptiva, que llegó á quererle tanto como á su hijo, le compró un mal violin á pesar de lo mucho que se oponía su marido, y el chico, ayudándose á sí mismo, y formándose su educacion musical oyendo tocar á otros, despues de haber aprendido algo de música, no tardó en tocar medianamente, con lo cual, mejor que con la gimnasia y con los títeres, ayudaba al sostenimiento de la familia. Ocurrió la muerte del padre, y entonces el violinista redobló sus esfuerzos por ser útil á su madre adoptiva. Pasaron los años, y Juanillo volvió á Madrid donde se ejercitaba dando conciertos al aire libre, de los que recogia bastante beneficio. Era un jóven ya de veinte y cuatro años, de naturaleza flaca y delicada, pero cuyos rubios y largos cabellos, así como su rostro bastante alargado en su forma ovalada, le prestaba cierto sello particular que solo pertenece á los séres privilegiados á quienes devora el fuego interior del génio. Cuando tocaba, toda su persona se animaba y hasta su rostro, en donde fijándose un poco se descubria la huella de un profundo pesar, se animaba, cobraba nueva vitalidad y cambiaba

completamente. Esto consistia en que aquel jóven tenia corazon, y cada una de las notas que producía su violin se reflejaba en aquella parte tan interesante de su pecho.

No lejos de él, habia siempre una mujer sentada en una silla, ocupada en hacer calceta: su traje revelaba una escasa medianía, y de vez en cuando fijaba su vista en Juan Ribot, que era el tocador de violin. Era la madre del músico, ó por lo menos así lo decía ella á todo el que se lo preguntaba.

Unos parientes de su padre, muy aficionados á la música, asistian cierta noche á un concierto que se daba en un café donde tocaba el jóven Juan; eran padre é hija, y como unas dos mesas mas allá, estaba tambien un anciano que acostumbraba á asistir á aquel café: estaba pensativo y meditabundo, si bien la música de aquel jóven le distraía sobremanera. Era el padre de Juanito, pero ni éste sabia que aquel era su hijo, puesto que le creía muerto, ni aquel podia sospechar que su padre le estaba oyendo. Al oír lo bien que lo hacia el músico, el caballero que ahora poco hemos dicho que estaba con su hija, no pudo menos de esclamar en alta voz, y despues de haber palmoteado con todas sus fuerzas:

—Es estraño que siendo tan buen profesor, se halle reducido á tocar en estos conciertos de poco mas ó menos, y hasta en la calle, pues, creo haberle oído varias noches en la Carrera de San Gerónimo, no lejos de la iglesia de los Italianos. ¡Cuánto mas podria ganar, y su reputacion tambien, tocando en el teatro ó dando conciertos en casa de algun grande de España!

—Será sin duda forastero, y no cuente con amigos en Madrid.

—No importa, con el talento de ese jóven pronto los adquiriria.

Hacíanse estas y otras observaciones, cuando un caballero que estaba cerca de aquellos se mezcló en su conversacion, asegurando que él sabia algunos detalles de la historia del jóven artista, por conducto de una parienta suya que era vecina del violinista, y porque además habia hablado alguna vez con la madre del músico.

—Pues, ¿qué sabe V.? preguntaron ambos á la vez.

—Sé que ese chico no conoce á sus padres; pero esa buena mujer casada con un saltimbanquis, le cobró desde niño tanto afecto y él á ella, que nunca se separan, y ahí la tienen ustedes haciendo calceta.

—Pero, ¿no tiene absolutamente la menor idea de sus padres? ¿no se ha podido averiguar nada? exclamó la señora al oír aquella circunstancia y la de llamarse Juanito el músico. Una idea vaga pasó por su imaginación, porque varias veces había oído decir en la familia que Juanito, el hijo del comerciante de la calle de Postas, se había perdido siendo niño.

—Nada se ha podido averiguar, prosiguió el desconocido, solo se sabe que ese niño se perdió hace muchos años en una verbena del Cármen en Madrid, y lo recogieron esas pobres gentes; en cuanto á su nombre, eso es lo único que pudo decir el niño, por eso se le llama Juanito, como habrán visto ustedes en los anuncios de este concierto, pero el apellido es ya el de su protector.

Al oír esto, ya no le quedaba duda á Clementina de que aquel era su primo, y llevada de un impulso de su corazón se levantó con intención de avisar al padre del violinista que, como ya saben nuestros lectores, estaba bien cerca. ¡Notable coincidencia! El padre lloraba hacia veinte años á su hijo perdido, y en aquel momento lo tenía ante sus ojos, y por su parte, contribuía á los justos aplausos que su talento arrancaba. Un instinto secreto le llevaba á aquel café ó tal vez la fatalidad, y le hacía escuchar con cierto deleite los acordes del violin. No parecía sino que la Providencia había querido acercarle á su hijo, y hacer que sin conocerle le cobrase afición, dejando que el ingenio de hombre, ayudado por un secreto instinto, hiciese lo demás. Pero el buen comerciante, ni aun soñaba en semejante cosa, y ¡cuántas y cuántas veces, ni aun el brillante arco del músico fuera bastante á borrar de su memoria la pérdida de aquel mismo hijo que tenía delante de sus ojos! Y Juanito, por su parte, si una vez sola hubiera podido sospechar que su padre, á quien durante tantos años lloraba, estaba allí, á diez pasos de él, escuchándole, y que á no tener en su casa una

pobre loca que le esperaba, se estaria clavado en el café, ¿qué no hubiera hecho aquel hijo cuya juventud habia sido una série de privaciones? Hubiera arrojado su querido instrumento, á pesar de los triunfos que le habia de proporcionar, y se hubiera echado en brazos de su desconsolado padre.

Al ver levantarse tan de repente á Clementina, su padre, que todo lo comprendió, la asió de la falda, y la dijo:

—¿A dónde vas, insensata?

—A avisar á su hermano de V., al padre de ese jóven que está allí en frente; mírele V., donde se pone todas las noches; á darle esa satisfaccion, que se la dé igualmente á la madre del jóven, y que se abracen tiernamente.

—Pues, eso es justamente lo que no debes hacer. ¿Ignoras por ventura, que así como existen enagenaciones mentales producidas por la tristeza, las hay tambien causadas por la alegría? ¿no conoces que espones á mi pobre hermano á un golpe terrible? Siéntate otra vez, y procura estar quieta. Además, en la fisonomía de ese jóven se vé impresa una profunda pena, y acaso él tambien lo pasará mal con un alegron repentino.

A esto, el desconocido habia oido todo, y deseando tomar parte en la escena de aquel drama que se preparaba, se ofreció á servirles y ayudarles en la resolucion que se debia tomar. Era un médico de gran reputacion en Madrid, y mas que médico, era un grande orador, cuya cátedra estaba siempre cuajada de oyentes, bien esplicase la toxicologia, bien la aplicacion de la razon humana.

Habia hecho además un grande estudio sobre las enfermedades mentales; y algunas curas maravillosas verificadas por él, no habian sido conseguidas por las lecciones de ningun libro, sino que era el producto del fisiólogo observador, el resultado del verdadero filósofo.

—Acepto con gusto su cooperacion de V. en este negocio, dijo el padre de Clementina, que se llamaba D. Joaquin, por que preveo que ha de sernos de grande utilidad; la noticia que han de recibir tres personas, á quienes yo quiero, es de tal magnitud, que casi es imposible no tengamos que deplorar al-

guna desgracia; á pesar de su buen talento de V., tiemblo, sobre todo, al pensar en mi pobre cuñada, que hace veinte años perdió la razon, y si va V. en este momento á su casa, de seguro la encontraria moviendo la cuna de su hijo y entonando la cancion con que le dormia.

—Pues para que V. vea, dijo el doctor, no temo yo á la loca; pues lo mas malo que puede suceder es que vea á su hijo y no le conozca. A quien yo temo en esta ocasion, es al jóven, en cuyo fisico he podido notar ciertas señales que nos imponen grande pulso en nuestra empresa.

—Pues si á V. le parece, señor doctor, dijo Clementina, podriamos llamar á casa al jóven con pretesto de que queriamos oirle, y examinándole V. á su despacio, nos ayudaria á formar nuestro plan.

—Muy bien pensado; puede este caballero dirigirse, si gusta, á él, y citarle para mañana de dia en su casa, donde yo tendré el gusto de asistir, puesto que me lo permiten, y ayudarles como un buen amigo.

Levantándose D. Joaquin y dirigiéndose al músico en uno de los intermedios de sus ejercicios, le dijo:

—¿Tendria V. inconveniente en ir á tocar á una casa particular donde desean oirle y admirar su talento?

—Ningun inconveniente tengo, siempre que V. no me quite alguna de las horas que debo venir á este café, porque el dueño acaba de decirme que me va á ajustar por dias, porque hasta hoy no tengo otro medio de ganarme el sustento, y fuera un ingrato y un mala cabeza, si dejara de cumplir con mi obligacion.

—Pues bien; en ese caso pásese V. mañana por la calle de Fuencarral, núm. 2, principal de la derecha, á la una del dia, si le es posible; allí arreglaremos las horas en que V. pueda dar su concierto.

—Permítame V. antes, caballero, que lo consulte con mi buena madre, y dirigiéndose á la vieja de la calceta la enteró de lo ocurrido, y volvió hácia D. Joaquin, diciéndole:

—No faltaré.

— ¡Qué buen corazon tiene este chico! decia para sí D. Joaquin, encaminándose á la mesa donde antes estaba.

—¿Qué se ha conseguido? exclamaron los que esperaban.

—La cosa no puede marchar mejor. Ha quedado en ir á casa mañana á la una; supongo Sr. D. Jaime Acosta, que no faltará V.?

—No hay cuidado, contestó el médico de Cárlos III; asistiré á la cita aunque tenga que apresurar mi visita diaria.

Diéronse todos la mano, quedaron muy amigos, y ya iban á separarse, cuando Clementina exclamó:

—Es una crueldad lo que ustedes están haciendo; yo no tengo corazon para estar mirando á ese padre, cuyos cabellos están todos blancos por efecto de sus padecimientos, y sabiendo que hoy mismo podia ser feliz y abrazar á su hijo, le dejamos hasta Dios sabe cuándo en su misma desgracia. Por mi gusto llevaba á cabo mi primera idea; los primeros impulsos del corazon son los mejores... ahora corria yo á mi tío, y cojiéndole la mano le decia... sal de tu largo sueño de desgracias, abre esos ojos á la luz y mira á tu hijo... ahí le tienes, y llénate de orgullo al abrazarle, y preséntale á tu mujer porque es un hombre de talento, un hombre que honrará tu nombre y honrará á su patria. Repito que lo que ustedes proyectan es una crueldad.

—Puede disculparse á su buen deseo de V. todo lo que acaba de decir; pero seria la mayor imprudencia, seria clavar un puñal untado con bálsamo en el corazon de ese desgraciado señor, y en cuanto al hijo... ya lo he dicho... no sé lo que podria suceder.

—Deja al doctor que obre, dijo D. Joaquin, cogiendo á su hija del brazo, que, como facultativo, él lo arreglará de modo que no haya ninguna desgracia que deplorar.

—Pues figúrese V. por un momento que, en vez de estar mi tío en aquella mesa; hubiera estado en esta, como sucede algunas noches y hubiera oido nuestra conversacion, ¿cree V., por ventura, que no lo hubiera comprendido todo y volado hácia su hijo?